



Texto: Amparo Trujillo Molina  
Ilustradora: Angélica Teno García

Cuenta una leyenda de la Antigua Persia que fue un maestro con descendencia iraní quien después de más de veinte años de búsqueda al significado de un misterioso legado, se le terminó desvelando uno de nuestros pilares milenarios.

Su nombre era Bahadur, un muchacho inquieto, curioso y amante de las letras, que desde su más temprana edad atesoró un sueño. Aquel que le acompañó hasta lograr descifrarlo ya en su madurez. Después de estudiar a los más célebres estoicos, adquirir una ferviente sabiduría de la vida y rodearse de momentos de meditación, fue a la orilla del río DarAbad, donde se le desveló un legado ancestral.

Todo sucedió un amanecer, a la puerta de un pequeño templo cercano, donde sería construida más tarde la Mezquita Nasir ol Molk, o para muchos la llamada Mezquita Rosa. Lugar al que asistía a sus rezos diarios.

Y un día caluroso del mes de agosto, cuando escuchó a un anciano cómo explicaba a sus alumnos reflexiones sobre filosofía, Bahadur puso atención a todo lo que fue diciendo:

—Recordad, la importancia de cada una de las palabras que pronunciéis, resumirá silencios vividos en vuestro interior. Será un canal de difusión de conocimiento y, cuanta más libertad, flexibilidad y falta de prejuicios tengáis, mayor alianza generaréis y compartiréis. Aflorará así un lenguaje que será universal.



Estaba terminando de hablar cuando unas ráfagas de luz parecieron guiarle hacia el interior del templo. Al tiempo que se fueron iluminando unos coloridos azulejos que decoraban la también rosada mezquita persa.

Una mágica luz terminó fundiéndose en un decorado mosaico, que con curiosos y místicos motivos de aves, plantas, personas y letras de caligrafía a pluma, allí parecían esperar para desvelar algo oculto. Bahadur, abstraído observando la escena, quedó inmóvil ante unos dibujos que él ya conocía.

